

Los sentidos del paisaje: un viaje sentimental

En primer lugar debería aclarar un par de cosas: el porqué del título y el hecho de compartir esta charla con un chef y un fotógrafo excepcionales. Empezaré por contestar a la segunda: porque ellos tienen mucho más que ver que yo con el paisaje del que voy a hablar, pese a la denominación de nuestras profesiones. Es más, Bernd Knöllner aún más que Xavier Mollà. Y de ahí casi se sigue la contestación a la primera pregunta: porque me gustaría hablar hoy de un sentido del paisaje que no es el habitual. Un sentido que con el sentido que menos tiene que ver es, precisamente, con el sentido de la vista.

Todos tenemos, o creemos tener, una idea muy clara de lo que es el paisaje. Es eso que hay ahí fuera y que casi siempre es más bonito cuanto más lejos está de nuestra casa (que bonito el Maestrazgo; que espectacular el Valle de Ordesa; que sublime los fiordos noruegos; etc.) Sin embargo la cosa se complica un poco cuando intentamos llegar a una definición satisfactoria. Encontraremos innumerables definiciones, desde las más científicas y pretendidamente objetivas, hasta las más subjetivas y parciales. Yo mismo tengo más de una docena de ellas. Esa dificultad para encontrar una definición que satisfaga nuestra curiosidad incrementa aún más, por lo menos es mi caso, la curiosidad por desentrañar la verdad del paisaje.

Decía que al pensar el paisaje pensamos en el espacio, el lugar, el territorio, la naturaleza, etc. Sin embargo, como luego demostraré, el paisaje solo existe dentro de nosotros. ¿Por qué?

En primer lugar porque todo lo que hay ahí fuera ya tiene nombre y apellidos, y ninguno de ellos se llama paisaje. Cualquier árbol tiene nombre y apellido. Aunque sea en latín. Es ese y no otro. Un pino es piñonero, o carrasco, o canario. Un suelo es leptosol, fluvisol, u otro. Y así cualquier piedra o roca que veamos. Y además podemos saber porqué está inclinada, y cuantos grados, y desde cuando. Y lo mismo con cualquier flor, insecto o bicho. Todos los elementos de nuestra composición están perfectamente catalogados desde hace siglos. Y todo lo que nosotros hemos ido añadiendo también, ya sean coles, colectores, carreteras o pantanos. Como mucho discutiremos acerca de la exacta denominación de algunos de ellos. Por ejemplo, cuál es la diferencia entre un puente y un viaducto. Pero ahí queda toda la discusión. Y al final, cuando ya hemos tachado todo lo que ahí aparecía, cuando ya nos hemos quedado sin nada, el paisaje sigue sin aparecer por ningún lado. Solo nos queda la hoja en blanco. ¿Por qué? Porque no está ahí fuera. Está en nuestro interior. ¡Claro que son elementos naturales! pero hemos sido nosotros los que los hemos convertido en paisaje. ¿Cómo? Pues inventándolo. Con los sentimientos. Con las emociones. Con el alma.

Q.E.D.

No es una demostración científica estricta. Es tan solo una inferencia por inducción, lo que puede esconder sorpresas. Pero es que el paisaje no tiene nada de científico. Es pura metafísica. Y, por tanto, pertenece a ese mundo maravilloso de las cosas que nunca sabremos qué son. De las preguntas que nunca tendrán respuesta, porque en el momento que la tienen (o podemos saber que nunca la tendrán) pasan al otro campo. Y eso que la ciencia es capaz de demostrar hasta que algo es incompleto, indecible, incluso indemostrable. Pero lo demuestran. Hasta pueden demostrar que es indemostrable la posibilidad o imposibilidad de demostrar algo. De momento nosotros ni de encontrar una definición irrefutable... *"duda que el sol se mueve, mas no dudes de mi amor"*; y va y demuestran que el sol no se mueve. ¿Acaso por eso sería menor su amor?

La razón de todo esto es muy sencilla: el paisaje es un concepto cultural. Lo único que tiene de natural es su pertenencia a la naturaleza humana. Aunque hayamos utilizado a la naturaleza como excusa para inventarlo. Y ni eso es del todo cierto. Fue un proceso que ya iremos viendo. Un proceso muy largo.

La diferencia más importante entre lo natural y lo cultural, es que esto último no lo conocemos si no nos lo enseñan. Y el paisaje hay que enseñarlo y transmitirlo para poder disfrutarlo con todos los sentidos, que es de lo se trata. Como tantas cosas que pensamos que son innatas, pero que, sin embargo, las hemos ido aprendiendo desde nuestra más tierna infancia, y de las que no tendríamos la más remota idea si nos hubieran dejado solos en la selva o en un isla desierta nada más nacer. Suponiendo que hubiéramos sido capaces de sobrevivir.

¿Quién no ha visto un documental de leones en la 2, después de comer? Cuantas veces les hemos visto acechando a las gacelas, buscando la más débil o despistada, para abalanzarse sobre ella. Y a comer. ¿Con modales? ¿Preparando primero una salsa de miel y mostaza? ¿Cocinando la gacela 38 horas a baja temperatura? Eso es lo natural. Eso es la naturaleza. (¿Qué pensará Bernd de esto?) O las broncas entre ellos y ellas a la hora del celo. ¿Una cita a ciegas? ¿Algún poema de amor? ¿Algún juramento de amor eterno? Curioso: ha salido la palabra amor. ¿Intentamos también definirlo? Entre paisaje y naturaleza pasa algo parecido a lo que pasa entre amor y, llamémoslo, reproducción. Evidentemente, sin esto último seguiríamos siendo bacterias o algo parecido. Sin la diferenciación sexual no habría habido evolución. Y para que haya reproducción debe existir atracción sexual. Sin embargo hemos sido capaces de convertirlo en algo mucho más placentero y, como no, complejo. Los sentidos (y nuestra capacidad de sentir con ellos mucho más de que lo deberíamos con su estricto funcionamiento natural) se alían para convertir algo puramente mecánico, instintivo y natural en una brutal experiencia emocional. Una experiencia sentimental de la que nadie se ha librado ni se librará. Para bien o para mal. Somos así y no tenemos remedio.

Este proceso de conversión de lo que aparentemente es natural en algo humano, cultural y complejo, así como de su capacidad de disfrute emocional sin necesidad del conocimiento científico de sus componentes, es similar al seguido en otras áreas como la pintura, la fotografía, la música, la gastronomía, el cine, y tantas otras de las que disfrutamos con todos nuestros sentidos, y que amamos u odiamos, sin pararnos a pensar en el origen o composición de sus pigmentos, salsas, luces, notas, armonías, encuadre, etc. Lo que, obviamente no quiere decir que su conocimiento no incremente la capacidad de disfrute y deleite. Pero no es necesario para ello saber la apertura de diafragma o la velocidad de disparo de una fotografía, o las horas de cocción o de maceración de un ingrediente, etc. Hay algo dentro de nosotros que es capaz de ir traduciendo esos lenguajes desconocidos poniéndolos al alcance de nuestro entendimiento emocional. El ejemplo quizá más claro es la música, de la que decía el gran Leibniz *que es el placer que experimenta el alma cuando cuenta notas sin darse cuenta de que está contando*.

Puede que muchos sepamos como mucho lo que es un pentagrama, una clave, lo de las fusas y semifusas, y poco más. Como mínimo lo que intentaban que aprendiéramos en el colegio para poder tocar Noche de Paz con la flauta. Sin embargo, aún así, podemos disfrutar de la música. Sentirla y emocionarnos. Hasta quienes emocionados por aprender ese lenguaje tuvimos que dejarlo. (A ver qué haces si al llegar al tercer compás de la primera lección del primer curso de solfeo oyes que te dicen: *Rafa mejor no cantes y límitate a leer*)

El caso es que no se nos ocurre crear fórmulas matemáticas para decidir qué música es mejor o peor que otra. ¿La de Mozart porque es capaz de meter quinientas notas en cinco compases? ¿La de Wagner que es capaz de aguantar cien compases con el mismo acorde? ¿La de la banda del pueblo tocando Paquito el chocolatero? Tampoco se nos pasa por la cabeza hacer un concurso para ver qué réquiem pone a más gente los pelos de punta: ¿Brahms, Mozart, Verdi? A veces me dan ganas de morirme para que me toquen los tres en mi entierro. Todo esto viene a cuento porque las leyes nos obligan a hacer estas cosas con el paisaje. Y no pasaría de ser una anécdota si no fuera porque del resultado que demos se sigue la destrucción o no del viaje sentimental de miles de personas: su paisaje

Siguiendo con el símil musical, tan solo sabemos que nos suena bien lo armónico y nos duele el oído cuando alguien hace chirriar un violín. Incluso la música dodecafónica nos acaba sonando bien. Hay algo natural (las frecuencias pitagóricas temperadas por Bach) y una base cultural (todos oímos música desde que nacemos aunque no queramos y por mal que canten en casa) que acaba convirtiendo oscilaciones del aire en una brutal explosión de sensaciones y emociones, es decir, un viaje sentimental.

Una base natural que con la conveniente experiencia cultural deviene en algo sublime y que por mucho que nos empeñemos, no seremos capaces de reducirlo a una fórmula matemática. ¿Nos suena de algo? En el caso del paisaje, los autores de la partitura han sido los paisanos, que han dedicado siglos y siglos a escribirla (país – paisano – paisaje), y los intérpretes de la partitura, los que nos lo han interpretado para que aprendamos a disfrutarlo, fueron los pintores. (Necesitaríamos un par de sesiones enteras para explicarlo, pero esa ha sido y es la historia del paisaje. En tiempos más recientes profesionales como Xavi Mollà y de otros campos audiovisuales, han ido sustituyendo a los pintores como intérpretes de la partitura)

Podemos ya, por tanto, ir centrando el concepto de paisaje, ya que hemos visto que el paisaje en sí es indefinible: *El paisaje es la manera de sentir y de apreciar el espacio que nos rodea; todos los sentidos contribuyen a construir las emociones que nos procura*. La frase es de Alain Corbin, un historiador de lo sensible y del paisaje. Preciosa profesión, sin duda. La publicó en un libro el año 2001. Imaginen mi gozo al leerla, pues hacía diez años que había definido el concepto de paisaje como un estado de ánimo. Recuperé gran parte de la autoestima perdida en mi primera clase de solfeo.

Más o menos, esta es la historia de un invento, el paisaje, y de cómo hemos ido aprendiendo, generación tras generación, a disfrutar de esa partitura, de esa composición creada a partir de lo visible para, posteriormente, convertirla en algo sublime con todos los sentidos.

El proceso (que ya dije que no cabe aquí) es muy largo. Comenzó en Grecia con la manía de los griegos por filosofar acerca de todo, incluida la belleza. Tiene mucho que ver con el renacimiento, con Petrarca, con la eterna discusión acerca de lo bello, con los pintores flamencos que lo ponen a nuestro alcance y los románticos, que lo explotan aprovechando la felicidad burguesa y sus incipientes anhelos de disfrutar de lo pintoresco (volviendo siempre a casa después, calentitos y con baño completo). Pintoresco: término previo al de paisaje pues todavía no lo habían inventado.

Los filósofos, mientras tanto, nos van enseñando a comprender nuestros juicios estéticos y las emociones y sentimientos que de ellos se siguen. Por ejemplo, sublime es aquello que hace que nos salten las lágrimas (por ejemplo, el estado de la habitación de mi hijo)

El paisaje, como estos otros placeres y vivencias de las que hemos hablado, y seguiremos hablando hoy, no se explican; se viven. Pero hay que abrirse a la percepción para poder ver cosas que sería imposible ver de otro modo.

No es necesario un gran esfuerzo, pero sí una intención. Y un poco de atención, como cuando oímos una pieza musical. Puede estar de fondo, sin que le hagamos el más mínimo caso, pero aun así notamos cuando algo falla, desafina o distorsiona. Y si nos fijamos un poco, hasta nos crea cierta angustia si se alarga mucho el final y no llega ese acorde que, sin saber cuál es, nos dice que la pieza ha terminado. La broma de Wagner con el re menor, silencio y re mayor.

Del mismo modo no necesitamos que nos digan cuando algo distorsiona y nos arruina nuestro paisaje. Que no tiene porqué coincidir con lo que les distorsiona a otros, si bien suele coincidir. Por ejemplo repasar *La Valencia en Blanco y Negro* sin morir ahogado en un mar de lágrimas.

Conclusión: Un mismo territorio, un mismo lugar, la misma fotografía, la misma paella, el mismo cuadro, el mismo libro, etc., provoca y devuelve infinitas emociones.

Sin embargo, una ecuación tiene las soluciones que tiene, y no más. Entre dos puntos solo pasa una recta, pero entre dos personas pasan infinitos paisajes. No pretendamos valorar algo inmaterial. Sencillamente, disfrutémolo, con todo el sentido y con todos los sentidos.

Rafael Narbona
En Valencia, a mediados de abril de 2015